

— Un nuevo médico de cámara, nombrado ayer mismo, y que creo ha venido de América.

— Ya sé de quien habla S. M., se aventuró á decir una de las damas de la reina.

— Y bien, preguntó María Antonieta.

— El doctor se halla en la antecámara del rey.

— ¿Le conocéis segun eso?

— Sí, señora, contestó la dama balbuceando.

— ¿Y como es que le conocéis? Ha llegado hace ocho dias de América, y ayer mismo salió de la Bastilla.

— Le conozco...

— ¿Y de qué le conocéis? preguntó imperiosamente la reina; responded.

La dama miró al suelo.

— Vamos, ¿sabré al fin de dónde os viene ese conocimiento?

— Señora, he leído sus obras, y sus obras me han hecho desear conocer al autor; de manera que he hecho que me lo enseñen hoy por la mañana.

— ¡Ah! exclamó la reina con una indecible expresion de sarcasmo y de reserva á un mismo tiempo. Está bien, puesto que le conocéis, decidle que estoy indispuesta y que deseo verle.

La reina, entretanto que llegaba el doctor, llamó á sus doncellas, se puso una bata y se arregló el peinado.

CAPITULO XXX

El médico del rey.

Algunos momentos despues del deseo formulado por la reina, Gilberto, sorprendido, algo inquieto y profundamente conmovido, pero sin que nada se manifestase en su exterior, se presentó delante de María Antonieta.

Su noble y seguro continente, la palidez del hombre de estudio y de imaginacion, en quien los trabajos mentales habian formado una segunda naturaleza, palidez realzada

aun por su negro trage; la mano delgada y blanca del operador bajo la plegada muselina, aquella pierna tan elegante, tan bien contorneada y en medio de todo eso, una mezcla de tímido respeto hácia la muger, de tranquilo atrevimiento hácia la enferma, sin que hubiese nada para la reina; tales fueron los rápidos matices que María Antonieta, con su aristocrática inteligencia, supo notar en la persona del doctor Gilberto, en el momento en que se abria la puerta de su habitacion para darle paso.

Cuanto menos agresivo estuvo Gilberto en sus maneras, mas sintió la reina acrecentarse su cólera hácia él. Habíase formado de aquel hombre un tipo odioso en su imaginacion, y casi involuntariamente se le habia representado como uno de esos héroes de impudencia, de los que veia á menudo á su alrededor.

El autor de las desgracias de Andrea, el discipulo bastardo de Rousseau, el aborto que habia llegado á ser hombre, el jardinero que habia llegado á ser filósofo y que se hacia árbitro de las almas, se lo representaba María Antonieta, á pesar suyo, bajo las formas de Mirabeau, esto es: del hombre á quien odiaba mas despues del cardenal de Rohan y de Lafayette.

Antes de ver á Gilberto habia creído que era menester un coloso material para poder contener aquella voluntad tambien colosal.

Pero cuando se halló con un hombre jóven, de formas esbeltas y elegantes, de una fisonomía dulce y afable, pensó que aquel hombre habia cometido el nuevo crimen de mentir en su interior. Gilberto, hombre del pueblo, de oscuro nacimiento, fué culpable ante los ojos de la reina de haber usurpado las maneras del noble y del hombre honrado. La orgullosa austriaca, enemiga irreconciliable de la mentira en los demas, se llenó de indignacion contra el pobre átomo que por tantos motivos le era odioso.

Para las personas que la veian á menudo y para aquellas que estaban acostumbradas á leer en sus ojos la calma ó la tempestad, hubiera sido fácil conocer que rugia en el fondo de su corazon una horrible tormenta.

¿Pero qué criatura humana, aunque fuese una muger, hubiera podido seguir en medio de aquel torbellino de odios y de cólera, el hilo de aquellos opuestos y singulares sentimientos que se entrechocaban en el cerebro de la reina, y que impregnaban su alma de todos los mortíferos venenos que describe Homero?

La reina, con una mirada, mandó á todos que se retirasen.

Se quedó sola con Gilberto.

Esperó á que la puerta se cerrase tras de la última persona que salió, y dirigiendo en seguida la vista hácia Gilberto, se apercibió que este no habia cesado de mirarla.

Tanta audacia la exasperó.

La mirada del doctor era inofensiva en apariencia, pero tan fija, tan llena de intencion y tan penetrante que María Antonietase vió precisada á combatir aquella impertinencia.

— Vamos, caballero, dijo de pronto, ¿qué haceis, pues, delante de mí, mirándome, en lugar de decirme lo que padezco?

Este rudo apóstrofe, apoyado con la mirada penetrante de la reina, hubiera desconcertado á cualquier cortesano, y hubiera hecho caer de rodillas ante María Antonieta á un mariscal de Francia, á un héroe, á un semi-dios.

Pero Gilberto contestó con la mayor tranquilidad:

— Señora, un médico juzga primero por los ojos. Al fijar los míos en V. M. que me ha mandado llamar, no satisfago una mera curiosidad; sino que cumplo con mi deber obedeciendo sus preceptos.

— ¿Segun eso me habeis estado estudiando?

— Tanto como me ha sido posible, señora.

— ¿Y me juzgais enferma?

— Sí; pero no en el sentido que suele darse á esa palabra; V. M. se halla sumamente sobreescitada.

— ¡Ah! exclamó María Antonieta con ironía; ¿por qué no decir de una vez que estoy llena de cólera?

— Ruego á V. M. me permita, puesto que ha mandado llamar á un médico, que me sirva de los términos de la ciencia.

— Sea así. Y decidme; ¿de qué proviene esta sobreescitacion?

— V. M. tiene demasiado talento para no saber que un médico conoce el mal material, merced á su experiencia y á las observaciones hechas anteriormente; pero que no es un adivino para poder sondear á primera vista el abismo del corazon humano.

— ¿Lo cual quiere decir que á la segunda ó tercera visita podreis asegurar, no solo lo que padezco, sino lo que pienso?

— Tal vez, señora, respondió Gilberto con frialdad.

La reina detuvo su cólera próxima á desbordarse en un torrente de palabras.

— Preciso será que os crea, dijo, pues que sois un hombre sábio.

Y acentuó estas últimas palabras con un desprecio tan sangriento, que los ojos de Gilberto parecieron iluminarse á su vez con el fuego de la cólera.

Pero un momento de lucha bastó á aquel hombre para vencerse.

Así es, que con tranquilo rostro y mesuradas palabras, respondió en el mismo momento:

— V. M. es demasiado buena para concederme el dictado de sábio, sin haber experimentado mi ciencia.

La reina se mordió los lábios.

— Ya comprendereis que yo no sé si sois sábio; pero lo dicen, y no hago mas que repetir lo que afirma todo el mundo.

— ¡Oh! dijo respetuosamente Gilberto inclinándose mas profundamente que lo habia hecho hasta entónces; una inteligencia como la de V. M. no debe repetir ciegamente lo que dice el vulgo.

— ¿Quereis decir el pueblo? repuso la reina con altivez.

— El vulgo, señora; repitió Gilberto con una firmeza que hizo agitarse en el fondo del corazon de la muger las mas dolorosas impresiones.

— Ultimamente, no arguyamos sobre este punto. Ello

es que dicen que sois un sábio, y esto es lo esencial. ¿Donde habeis estudiado?

— En todas partes, señora.

— Eso no es una contestacion.

— Pues bien, en ninguna parte.

— Mas vale eso. ¿Con que no habeis estudiado en ninguna parte?

— Como mejor os plazca, señora; contestó el doctor inclinándose. Y con todo esta segunda respuesta es menos exacta que la primera.

— Vamos respondedme, exclamó la reina exasperada; y sobre todo aborradme preguntas inútiles.

Despues continuó como hablando consigo misma.

— ¡En todas partes! ¿Y que significa eso? Es una frase propia de un charlatan, de un empírico. ¿Pretendeis imponerme con palabras sonoras?

— He dicho que en todas partes, porque verdaderamente he aprendido por do quiera que he pasado; respondió tranquilamente Gilberto; en la cabaña y en el palacio; en la ciudad y en el desierto; en el hombre y en el irracional; sobre mí y sobre los demas, como conviene al hombre que busca la ciencia y la sorprende allí donde la encuentra, esto es; en todas partes.

La reina, vencida, lanzó una terrible mirada á Gilberto, quien por su parte, continuaba contemplándola con una tenacidad que la desesperaba.

No pudo contener un movimiento de rabia, y al volverse derribó el pequeño velador en que la habian servido el chocolate en una jícara de porcelana de Sevres.

Gilberto vió rodar el velador y romperse la jícara; pero no se movió de su sitio.

Pintóse la cólera en el rostro de María Antonieta, llevó su mano fría y húmeda á su abrasada frente y no se atrevió á levantar las ojos hácia Gilberto.

Despues, con un tono de desprecio mas incisivo que la insolencia.

— ¿Y cuáles han sido vuestros preceptores? continuó

la reina volviendo á tomar la conversacion en el punto en que la habia dejado.

— No sé como contestar á V. M. sin peligro de ofenderla.

La reina comprendió la ventaja que acababa de ofrecerle Gilberto, y se arrojó sobre sus palabras como una leona sobre su presa.

— ¡Ofenderme! ¡ofenderme vos á mí! exclamó; ¿qué decis? caballero, ¡ofender á una reina! Sin duda no habeis reflexionado vuestras palabras; ¡oh! señor doctor, no debeis haber estudiado la lengua francesa en tan buenas fuentes como la medicina! A personas de mi categoría no se las ofende, señor Gilberto, se las cansa.

Gilberto saludó y dió un paso hácia la puerta, pero sin que le fuese posible á la reina descubrir sobre su rostro el mas ligero movimiento de cólera ni la mas leve señal de impaciencia.

La reina, por el contrario, se abrasaba de despecho, é hizo un ademán para detener á Gilberto.

Este comprendió su deseo.

— Perdonad, señora, dijo; me habia olvidado de que como médico he sido llamado para ver á una enferma. Os suplico me disculpeis y yo haré por no volver á incurrir en semejante distraccion.

Y en seguida se puso á meditar.

— V. M., continuó á los pocos momentos, me parece muy amenazada de una crisis nerviosa, y me atreveré á suplicarla que no se deje llevar hasta ese estremo, todavia puede V. M. evitarla; pero acaso dentro de poco no lograría poderse dominar. En este instante el pulso debe estar casi suspendido y la sangre afluye al corazon. V. M. sufre y seria prudente mandase llamar á algunas de vuestras camareras.

La reina dió unos cuantos pasos por la habitacion y volvió á sentarse diciendo:

— ¿Os llamis Gilberto, no es así?

— Sí, señora, Gilberto.

— ¡Es singular! tengo yo un recuerdo de mi juven-

tud cuya existencia *os ofenderia* sin duda si os lo dijese; pero no importa; si os ofende, podreis curaros vos mismo; vos, que sois tan sólido filósofo como hábil médico.

Y la reina acompañó estas palabras de una irónica sonrisa.

— Eso, es, señora; dijo Gilberto, sonreid y dominad poco á poco la escitacion de vuestros nervios con la ironía; es una de las mas bellas prerogativas de la voluntad inteligente; la que nos hace dueños de nosotros mismos. Dominaos, señora, dominaos; pero sin violentaros demasiado.

Esta prescripcion del médico fué expresada en un tono tal de buena fé, que la reina sin dejar de sentir la profunda ironía que encerraba, no pudo ofenderse de las palabras del doctor.

Pero volvió á la carga, continuando el ataque en el punto en que le habia dejado.

— El recuerdo de que os hablo es el siguiente :

Gilberto se inclinó en señal de que se hallaba dispuesto á escucharla.

La reina hizo un esfuerzo y clavó sus ojos en los del doctor.

— Era yo entónces delina y vivia en Trianon. Habia en los jardines un muchachuelo, siempre lleno de tierra y lodo, que podaba y limpiaba los árboles y los cuadros de flores. Este muchacho se llamaba Gilberto.

— Era yo, señora, dijo tranquilamente Gilberto.

— ¿Vos? exclamó María Antonieta con una expresion del mas odioso desprecio. ¡Segun eso, tenia yo razon! ¡Sois un hombre sin estudios!

— Creo que, puesto que V. M. tiene una memoria tan feliz, deberá recordar las épocas. Si mal no recuerdo creo que era por el año 1772 cuando tuvisteis ocasion de ver á ese muchachuelo de que habla V. M., y que ganaba su vida revolviendo la tierra de los jardines de Trianon. Estamos en el año 1789, y hace por lo tanto diez y siete años que han pasado las cosas que se ha dignado recordar

V. M. Diez y siete años son muchos para el tiempo en que vivimos; son mas de los que se necesitan para hacer un sábio de un salvage; el alma y el espíritu funcionan muy aprisa bajo ciertas condiciones, como se desarrollan prematuramente las plantas y las flores en la estufa; las revoluciones, señora, son las estufas de la inteligencia. V. M. me mira, y á pesar de la inteligencia de su mirada, no advierte que el niño de diez y seis años se ha hecho hombre de treinta y tres; así, pues, no debe estrañar que el ignorante, el sencillo Gilberto, se haya convertido al soplo de las revoluciones en un sábio y en un filósofo.

— ¡Ignorante, sí, pero sencillo! ¿habeis dicho sencillo? exclamó la reina exasperada; ¿habeis llamado sencillo al muchacho Gilberto?

— Si acaso me he equivocado, señora, ó si he prestado á ese niño una cualidad que no tenia, ignoro como V. M. puede saber mejor que yo que poseia el defecto opuesto.

— ¡Oh! eso ya es otra cosa, dijo la reina; y tal vez llegará día en que hablemos de esta materia; pero entre tanto volvamos al hombre, al hombre sábio, al hombre perfecto que tengo delante de mí.

Gilberto no puso objecion ninguna á la palabra *perfecto*, sin embargo de que comprendió que era un nuevo insulto.

— Volvamos á él, señora, respondió sencillamente Gilberto; y os suplico me diga V. M. cual ha sido el motivo que la ha impulsado á llamarle.

— Os habeis propuesto como médico del rey. Ahora bien, ya comprendereis que aprecio demasiado la salud de mi esposo para confiarla á un hombre á quien no conozco perfectamente.

— Me he propuesto á mí mismo y he sido aceptado, sin que V. M. pueda concebir la menor sospecha fundada sobre mi capacidad ni sobre mi celo. Yo soy un médico, político sobre todo, y recomendado por Mr. Necker. En cuanto á lo demás, si el rey tiene alguna vez necesidad de mi ciencia, seré para él un buen médico en la parte física, en tanto cuanto la ciencia humana puede ser útil á la obra

del Criador; pero lo que seré, sobre todo, además de buen médico, es un buen amigo.

— ¡Un buen amigo! exclamó la reina con una nueva explosión de desprecio; ¡vos caballero! ¡vos amigo del rey!

— Seguramente, respondió Gilberto con la mayor tranquilidad; ¿y por qué no, señora?

— ¡Oh! sí, sin duda, en virtud de vuestros poderes secretos, con el socorro de vuestra ciencia oculta. ¿Y quién sabe? hemos ya visto á los Jacobos y los Maillotins; ¡volvemos sin duda á la edad media! y vos sereis el restaurador de los filtros y de los encantos. ¿Vais á gobernar la Francia por medio de la magia y á ser el nuevo Fausto ó el Nicolas Flamel?

— Nunca he tenido semejante pretension, señora.

— ¡Que no la habeis tenido! ¿A cuántos monstruos mas crueles que los de los jardines de Armida, mas crueles que el Cancerbero, no hareis dormir en el dintel de nuestro infierno?

Quando la reina pronunció la palabra *dormir*, fijó su mirada mas investigadora que nunca sobre el doctor.

Esta vez Gilberto no pudo dominar su emocion.

Lo cual sirvió de sumo placer á María Antonieta, pues conoció que el dardo que habia arrojado, habia herido profundamente.

— Porque vos haceis dormir, continuó, ¿no es verdad doctor? vos que habeis estudiado en todas partes y sobre todas las cosas, habeis estudiado sin duda la ciencia magica con esas gentes que hacen del sueño una traicion, y que sorprenden los secretos en el sueño de sus victimas.

— En efecto, señora, he estudiado mucho tiempo bajo la direccion del sábio Cagliostro.

— Sí, ese hombre que ejercia y hace ejercer á sus adeptos ese robo moral de que he hablado antes, el que á favor de ese sueño magnético que yo llamo infame, se apoderaba de las almas de unos y de los cuerpos de otros.

Gilberto comprendió tambien el ataque, y aquella vez palideció en vez de ruborizarse.

La reina se estremeció de gozo hasta el fondo de su corazon.

— ¡Ah, miserable! murmuró; tambien yo he conseguido herirte y veo tu sangre.

Pero las mas profundas emociones duraban poco tiempo en el rostro de Gilberto, y aproximándose á la reina, que gozosa con su victoria le miraba imprudentemente, dijo:

— V. M. hace mal en contestar á esos hombres sábios de que hablabais hace un momento, el mas bello recurso de su ciencia; el poder de adormecer no victimas, sino enfermos, por medio del sueño magnético; hariais mal sobre todo en contestarles el derecho que tienen de perseguir por todos los medios posibles un descubrimiento cuyas leyes, una vez conocidas y regularizadas, están destinadas á hacer una revolucion en el mundo.

Y al acercarse á la reina, Gilberto la miró con ese poder de la voluntad, bajo el que habia sucumbido la nerviosa Andrea.

La reina sintió un escalofrio que recorrió todo su cuerpo al acercarse aquel hombre.

— ¡Infames! dijo, los que abusan de ciertas prácticas sombrías y misteriosas para perder las almas ó los cuerpos! ¡Cagliostro infame!...

— ¡Ah! exclamó Gilberto con un acento penetrante: guardaos, señora, de juzgar con tanta severidad las faltas que cometen las criaturas humanas!

— ¡Caballero!

— Toda criatura está sujeta al error, señora; todos dañan á sus semejantes, y sin el egoismo individual que forma la seguridad general, el mundo no seria mas que un campo de batalla. Los mejores son los buenos, nada mas. Otros dirán: los mejores son los menos malos; pero la indulgencia debe ser mas grande, señora, á proporcion que el juez es mas elevado. Desde lo alto del trono que ocupais, tenéis menos derecho que cualquiera otro para ser severa con las faltas de los demas; sobre el trono de la

tierra debéis ser la suprema indulgencia, como sobre el trono del cielo, Dios es la suprema misericordia.

— Caballero, di o la reina, yo miro mis deberes y mis derechos de un modo muy distinto que vos: me hallo sobre el trono, para castigar y recompensar.

— No soy de vuestro sentir, señora; y yo creo que os hallais sobre el trono, vos muger y reina, para conciliar y para perdonar.

— Supongo que no moralizais, caballero.

— Teneis razon, señora, y no hago mas que responder á V. M. Por ejemplo, ese Cagliostro de que habeis hablado y de cuya ciencia dudais, me acuerdo, y este es un recuerdo anterior á vuestros recuerdos de Trianon, me acuerdo, digo, que en los jardines del palacio de Taverny tuvo ocasion de dar á la delfina de Francia, una prueba de esa ciencia de que debe guardar un profundo recuerdo, pues aquella prueba la impresionó cruelmente hasta el punto de desmayarse.

Gilberto heria á su vez; verdad es que heria á la casualidad; pero la casualidad le sirvió de tal modo, que la reina se cubrió de una mortal palidez.

CAPITULO XXXI

El consejo.

El rey entró con aire distraído, segun su costumbre.

Leíase en su fisonomía una inquietud y una curiosidad que contrastaba singularmente con el frio continente de la reina.

Los frescos colores del rey no le habian abandonado.

Habia madrugado, y el aire fresco de la mañana le daba una energía que se revelaba en su sonora respiracion y en su seguro paso.

— El doctor, preguntó, ¿qué ha sido del doctor?

— Buenos dias, señor. ¿Cómo estais? ¿Os hallais muy fatigado?

— He dormido seis horas, como tengo de costumbre,

y me hallo perfectamente. Vos sois la que es'ais un poco pálida, señora. Me han dicho que habiais mandado llamar al doctor.

— Aquí teneis al doctor Gilberto, dijo la reina separando la colgadura de la ventana, trás de la cual se habia escondido el doctor hasta aquel momento.

La frente del rey se dilató, y dirigiéndose á la reina.

— ¡Ah! se me olvidaba, dijo; habeis mandado llamar al doctor, ¿estais indispueta?

La reina se ruborizó.

— ¿Os ruborizais? dijo Luis XVI.

La reina se puso encendida como la grana.

— ¡Algun nuevo secreto! exclamó el rey.

— ¿Qué decis de secreto? respondió la reina con altivez.

— Sin duda no me habeis comprendido. Os queria decir que vos que teneis vuestros médicos favoritos, no podeis haber llamado al doctor Gilberto, sin el designio de...

— ¿Qué designio?

— El de ocultarme siempre vuestros padecimientos.

— ¡Ah! exclamo la reina mas tranquila.

— Sí, prosiguió Luis XVI; pero tened cuidado, porque Mr. Gilberto es uno de mis confidentes, y si le decis algo, lo sabré al momento.

Gilberto se sonrió.

— En cuanto á eso, permitame V. M. le diga que no es cierto.

— ¡Bien, aquí tenemos á la reina sobornando á mis gentes!

María Antonieta dejó escapar una de esas risas ahogadas que significan el deseo de interrumpir una conversacion fatigosa.

Gilberto comprendió, pero no el rey.

— Vamos, doctor, dijo el soberano; puesto que esto entretiene á la reina, referidme lo que os estaba diciendo.

— Preguntaba al doctor, dijo María Antonieta, el motivo que os habia obligado á llamarlo tan temprano, pues no puedo menos de confesar que su presencia en Versalles me sobresalta.

— Esperaba al doctor, respondió el rey, para hablar de política con él.

— ¡ Ah! muy bien, dijo la reina.

Y se sentó como para escuchar.

— Venid, doctor, repuso el rey dirigiéndose hacia la puerta.

Gilberto saludó profundamente á la reina, y se dispuso á seguir á Luis XVI.

— ¿ A donde vais? preguntó la reina; qué, ¿ os marcháis ya?

— Las cosas que tenemos que hablar, no son de las mas agradables, señora; y vale mas que no las oigais, pues os ahorrareis un disgusto.

— ¡ Llamais disgusto á los dolores! exclamó magestuosamente la reina.

— Un motivo mas, querida mía.

— Quedaos, señor. Caballero Gilberto, supongo que no os opondreis á mi voluntad.

— ¡ Mr. Gilberto! ¡ Mr. Gilberto! dijo el rey enojado.

— Y bien. ¿ que quereis?

— ¡ Oh! Mr. Gilberto tenia que darme un consejo, y debia hablar conmigo con entera libertad, y ahora no lo hará.

— ¿ Y por qué razon? preguntó la reina.

— Porque estais vos delante.

Gilberto hizo un gesto á cuya interpretacion dió la reina toda la importancia que requeria.

— Pues qué, dijo para acudir en su ayuda; ¿ Mr. Gilberto temerá ofenderme hablando como le dicte su conciencia?

— Eso es muy fácil de conocer, señora, dijo el rey: vos teneis vuestra política, que no está siempre en armonía con la nuestra... de manera que...

— De manera que, segun eso, Mr. Gilberto no participa de mis opiniones en política.

— Eso no puede menos de ser así, interrumpió Gilberto, segun las ideas que ya conoce V. M. Unicamente os diré que podeis estar segura de que dire delante de vos

todo lo que siento, con la misma libertad que si me hallara únicamente en presencia del rey.

— ¡ Ah! eso es ya otra cosa, dijo María Antonieta.

— No siempre se puede decir la verdad, murmuró Luis XVI.

— ¿ Si es útil, por qué no? exclamó Gilberto.

— O si se dice con buena intencion, añadió la reina.

— En cuanto á eso no me cabe duda alguna, interrumpió Luis XVI. Pero si quereis obrar con cordura, dejad al doctor que se explique con toda la libertad... que yo he menester.

— Señor, respondió Gilberto, puesto que la reina lo desea, y como estoy convencido de que S. M. nada tiene que temer de la verdad, prefiero hablar delante de mis dos soberanos.

— Señor, dijo la reina, os ruego que lo hagais así.

— Tengo demasiada seguridad en la prudencia de V. M. dijo Gilberto, inclinándose delante de la reina. Se trata de la gloria de S. M. el rey.

— Teneis mucha razon en confiar en mi prudencia para ese motivo. Empezad, caballero.

— Todo eso es muy bueno, repuso el rey que no queria ceder, segun su costumbre; pero la cuestion es en extremo delicada, y conozco que vuestra presencia en este momento podría ocasionar algun perjuicio.

La reina no pudo contener un movimiento de impaciencia; se levantó, se volvió á sentar, y procurando penetrar con su mirada en el corazon de Gilberto.

— ¿ De qué se trata? preguntó despues de haberse constituido así en aquella especie de consejo.

Gilberto miró al rey por ultima vez, como para pedirle el permiso de hablar.

— ¡ Hablad, hablad! dijo el rey, pues la reina lo desea tambien.

— Pues bien, señora, dijo el doctor, enteraré á V. M. del objeto de mi visita á Versalles. Venia á aconsejar á S. M. que se dirigiese á Paris.

Una chispa sobre las cuarenta mil libras de pólvora que

encerraba el Hotel de Ville, no hubiera producido la explosión que estas palabras hicieron estallar en el corazón de la reina.

— ¡El rey marchar á París! ¡el rey!

Y arrojó un grito que hizo estremecer á Luis XVI.

— ¡Ah! exclamó el rey mirando á Gilberto, ¿que os decia yo, doctor?

— ¡El rey! continuó la reina, ¡el rey á una ciudad insurreccionada! ¡el rey entre esos hombres que han asesinado á los suizos, que han muerto á Mr. de Launay y á M. de Flesselles! ¡el rey cruzar por esa plaza del Hotel de Ville, marchando sobre la sangre de sus defensores! ¿Estais loco, doctor, estais loco para hablar de esa manera?

Gilberto bajó los ojos como un hombre á quien detenia el respeto; pero no contestó una sola palabra.

El rey, conmovido profundamente, se volvió de otro lado en su sillón como un mártir sobre la parrilla de sus verdugos.

— ¿Es posible, continuó la reina, que semejante idea haya podido nacer en una cabeza inteligente, en un corazón francés? ¡Ignorais, caballero, que estais hablando á un descendiente de San Luis, al biznieto de Luis XIV.

El rey golpeaba el suelo con los pies.

— No quiero suponer, prosiguió la reina, que deseais quitar al rey el apoyo de sus guardias y de su ejército; que pretendais arrancarlo de su palacio, que es una fortaleza, para esponerle aislado é indefenso en medio de sus encarnizados enemigos; sin duda que no deseais la muerte del rey, ¿no es verdad, señor Gilberto?

— Si creyera que V. M. tuviera por un solo momento la idea de que yo era capaz de semejante traición, no seria un loco, sino que me tendria por el hombre mas miserable del mundo. Pero á Dios gracias, señora, estoy seguro de que no abrigais semejante sospecha. No; yo he venido á dar ese consejo á mi rey, porque lo creo bueno, el mejor de todos los que se pueden dar.

La reina comprimió su pecho con sus crispadas manos con tal violencia, que desgarró la batista que le cubria.

El rey levantó los hombros con un ligero movimiento de impaciencia.

— Pero en fin, señora, oigámosle, y siempre estaremos á tiempo de desechar su opinión.

— El rey tiene razón, señora, dijo Gilberto; porque lo que tengo que decir á S. M. no lo sabeis: os creéis, señora, rodeada de un ejército fiel, adicto, dispuesto á morir por vos, y eso es un error; entre los regimientos franceses, una mitad al menos, está en favor de la revolución.

— ¡Caballero, cuidado con lo que decís! exclamó la reina; ¡insultais de ese modo al ejército!

— Muy lejos de eso, señora; estoy haciendo su apología, dijo Gilberto. Bien se puede respetar á su reina y servir á su rey, amando á su patria, y consagrándose á la libertad.

La reina lanzó á Gilberto una mirada fulminante como un rayo.

— Caballero, dijo, ese language...

— Sí, ese language os ofende, señora, y yo lo comprendo; porque probablemente es la primera vez que V. M. le oye.

— Preciso será acostumbrarse á él, murmuró Luis XVI con el resignado buen juicio que constituia su mayor fuerza.

— ¡Nunca! exclamó María Antonieta; ¡nunca!

— Veamos; oid, señora, oid, dijo el rey; yo creo que lo que dice el doctor es un hecho razonable.

La reina se incorporó, y se volvió á sentar trémula de indignación.

Gilberto continuó.

— Decia, señores, que he visto á París, y que vos ni aun habeis visto á Versalles. ¿Sabeis de lo que se trata ahora en París?

— No, dijo el rey lleno de inquietud.

— Creo que no tratareis de tomar segunda vez la Bastilla; dijo la reina con el mas profundo desprecio.

— Seguramente que no, señora, continuó Gilberto; pero París sabe que existe aun otra fortaleza entre el pue-

blo y su rey. París se propone reunir á los diputados de los cuarenta distritos que le componen, y enviar estos diputados á Versalles,

— ¡Que vengan, que vengan! exclamó la reina brillando en sus ojos una fiera alegría. ¡Oh! ¡no dudeis que serán recibidos perfectamente!

— Un momento, señora, interrumpió Gilberto; debéis considerar, ante todo, que estos diputados no vendrán solos.

— ¿Pues con quién han de venir?

— Vendrán apoyados por veinte mil hombres de la guardia nacional.

— ¿De la guardia nacional? ¿Y qué quiere decir eso?

— ¡Ah! señora, no habéis con tanta ligereza de esa institucion, que llegará á ser con el tiempo una potencia, haciendo y deshaciendo á su antojo.

— ¡Veinte mil hombres! exclamó el rey.

— ¡Oh! señor, repuso la reina; aquí teneis diez mil hombres que valen por cien mil de esos alborotadores; llamadlos, que vengan, y los veinte mil bandidos encontrarán el castigo y el escarmiento de que tanta necesidad tiene esa hez revolucionaria, que yo aniquilaria en ocho dias si se me oyese.

Gilberto meneó tristemente la cabeza.

— ¡Ah! señora, dijo, ¡cómo os equivocais, ó mejor dicho, cómo os han engañado! ¡Ay! pensad en una guerra civil provocada por una reina: una sola de entre ellas se ha atrevido á arrostrarla, y bajó á la tumba con el epíteto terrible de estrangera.

— ¡Provocada por mí! Caballero, ved bien lo que decís; ¿soy yo por ventura quien ha hecho fuego sobre la Bastilla sin provocacion ninguna?

— Señora, dijo el rey; en vez de aconsejar la violencia, es mucho mejor escuchar primeramente á la razon.

— ¡A la debilidad!

— Vamos, Antonieta, escuchad, dijo gravemente el rey; no es un asunto de poca importancia el tener que ametrallar á veinte mil hombres.

Despues, volviéndose hácia Gilberto,

— Continúad, doctor; proseguid, dijo.

— Todos esos odios que se exasperan por la distancia; todas esas bravatas que se convierten en valor, gracias á la ocasion; todo ese tumulto de una batalla, cuyo resultado es inseguro; eso es horrible y debéis ahorrár al rey y á vos misma semejante espectáculo; podeis con la dulzura evitar esa situacion en que vuestro carácter violento no podría contenerse. El pueblo quiere acercarse á su rey; adelantémonos á él y dejad que el rey se acerque al pueblo; hoy se halla rodeado de su ejército; dejadle mañana dar una prueba de arrojo, de confianza y de talento político. Esos veinte mil hombres de que hemos hablado, podrían conquistar al rey tal vez; pues bien, dejad al rey solo, que vaya á conquistar á los veinte mil hombres, porque esos veinte mil hombres, señora, son el pueblo.

El rey no pudo menos de hacer una señal de aprobacion que María Antonieta cogió al vuelo.

— ¡Desgraciado! dijo á Gilberto; ¿no sabeis lo que significaria la presencia del rey en París en semejante coyuntura, y como vos proponéis?

— Hablad, señora.

— Pues eso, querria decir: « Yo apru:bo... » querria decir: « Habéis hecho muy bien en matar á mis suizos... » significaria: « Habéis hecho perfectamente en asesinar á mis oficiales y en poner á sangre y fuego á mi capital; ¡habéis en fin, hecho muy bien en destronarme! ¡Gracias, señores, gracias! »

— No, señora, dijo Gilberto; siento decir que V. M. está equivocada.

— ¡Caballero!

— Eso quiere decir: « Ha habido alguna justicia en el dolor del pueblo. Yo vengo á perdonar. Yo soy el gefe y el rey, y estoy al frente de la revolucion francesa, como en otro tiempo Enrique III se puso al frente de la Liga. Vuestros generales son mis oficiales; vuestros guardias nacionales son mis soldados; vuestros magistrados mis legisladores. En vez de impulsarme, seguidme si podeis. La

grandeza de mi comportamiento os dará á conocer que soy el rey de Francia, el sucesor de Carlo Magno. »

Tiene razon, dijo tristemente el rey.

— ¡ Oh ! señor, exclamó la reina; por piedad, no escuchéis á ese hombre; ¡ ese hombre es vuestro mayor enemigo !

— Señora, dijo Gilberto, el rey os dirá lo que piensa de mis palabras.

— Pienso, caballero, que sois la única persona que hasta aquí se ha atrevido á decirme la verdad.

— ¡ La verdad ! exclamó la reina, ¡ oh ! ¡ qué decís, Dios mio !

— Sí, señora, la verdad, prosiguió Gilberto; la verdad es en estos momentos la única luz que puede iluminar el abismo que amenaza devorar el trono y la monarquía.

Y al decir estas palabras, Gilberto se inclinó humildemente delante de María Antonieta.

CAPITULO XXXII

Decision.

Por la primera vez, la reina pareció profundamente conmovida. ¿ Era esto por raciocinio, ó por la humildad del doctor ?

Además, el rey se habia levantado con ademan resuelto, y pensaba en la ejecucion del consejo de Gilberto.

No obstante, á causa de la costumbre que tenia de no hacer nada sin consultarlo con la reina.

— Señora, le dijo, ¿ vos lo aprobáis ?

— Preciso es que así sea contestó María Antonieta.

— Yo no quiero que os sometáis; dijo el rey con impaciencia.

— ¿ Pues qué es lo que quereis ?

— Os pido un asentimiento por conviccion que fortifique la mia.

— ¿ Me pedís una conviccion ?

— Sí.

— Si no es mas que eso, podeis creer que estoy convenida, señor.

— ¿ De qué ?

— De que ha llegado el instante que va á hacer de la monarquía el estado mas desgraciado y envilecido que ha existido sobre la tierra.

— ¡ Oh ! exclamo el rey; indudablemente exagerais; desgraciado, sí; pero envilecido no puede ser.

— Señor, vuestros abuelos os han legado una bien triste herencia, dijo melancólicamente María Antonieta.

— Sí, dijo Luis XVI; una herencia de que tengo el dolor de hacer os participe, señora.

— Permitidme, señor, dijo Gilberto que se dolia en el fondo de su corazon de la cruel desgracia de aquellos soberanos, no creo que haya motivo, para que V. M. vea un porvenir tan espantoso como parece suponer. Concluye una monarquía despótica y empieza un imperio constitucional.

— Caballero, dijo el rey; ¿ y me creéis el hombre capaz de fundar semejante imperio en la Francia ?

— ¿ Y por qué no ? dijo la reina algo repuesta por las palabras de Gilberto.

— Señora, respondió el rey, yo soy un hombre prudente y de buen corazon. Yo veo distintamente las cosas, y no procuro hacerme ilusiones, y sé precisamente todo lo que no se necesita saber para administrar este pais. Desde el dia en que me precipitaron desde lo alto de la inviolabilidad de los reyes absolutos; desde el dia en que han dejado en mí al descubierto, al hombre sencillo he perdido toda esa fuerza facticia que bastaba para el gobierno de la Francia, pues seguramente Luis XIII, Luis XIV y Luis XV sé sostuvieron, gracias a esa misma fuerza. ¿ Qué es lo que necesitan hoy los franceses ? Un amo. Yo no me siento capaz de ser otra cosa que un padre. ¿ Qué es lo que necesitan los revolucionarios ? Una espada. Yo no me siento con fuerzas para herir.

— ¿ No os sentís con fuerzas para herir ? exclamó la reina; ¿ para herir á esa muchedumbre que arrebató la he-